

bién en este caso la numeración hace posible presentar un nuevo índice: el de autores de recensiones.

Por último, las noticias sobre personas están agrupadas en tres apartados: *Necrologiae*, *Nominationes* y *Generalia*.

La Facultad de Teología de la Universidad de Lovaina goza de un merecido prestigio adquirido durante cientos de años. También en este siglo ha logrado ejercer, con su labor docente y el trabajo de sus investigadores, una notable influencia en los avances de la ciencia teológica. Nombres como Coppens, Cerfaux, Thils, Philips, y muchos otros de sus profesores cuyos nombres sería prolijo enumerar, son piezas clave en la teología del siglo XX. *Ephemerides Theologicae Lovanienses*, que nació con el fin de servir como órgano de expresión para aquellos miembros de la facultad que desearan publicar alguna cuestión relativa a lo que constituye el campo ordinario de su actividad, se ha convertido gracias al prestigio de sus redactores y colaboradores, en uno de los escaparates más representativos del momento actual de la teología.

Estos índices generales, impulsados por J. Coppens y llevados admirablemente a cabo por F. Neiryck y F. van Segbroeck, son una buena muestra de la vitalidad científica de Lovaina.

FRANCISCO VARO PINEDA

Román SÁNCHEZ CHAMOSO, *Los fundamentos de nuestra fe. Trayectoria, cometidos y prospectiva de la teología fundamental*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1981, 361 pp., 21 x 14.

«Hoy constatamos que se insiste más en la fundamentación de la fe (teología fundamental) que en la defensa de la fe (apologética)», escribe Sánchez Chamoso en la introducción de la presente obra (p. 10), con palabras que no son sólo una constatación sociológica sino una toma de posición, ya que todo el libro gira en torno a la afirmación de ese cambio, como lo manifiesta el mismo orden o sucesión de las partes o capítulos en que está dividido.

La obra se inicia con un «Balance de situación»: el impacto producido por el Concilio Vaticano II, el desarrollo de la Teología Fundamental en los años posteriores, la situación en nuestros días (pp. 13-40). A continuación Sánchez Chamoso estudia lo que denomina «Debate interno y esclarecimiento de cometidos» (pp. 41-153). A decir verdad el contenido de estas páginas responde sólo parcialmente a ese título, ya que después de tres breves epígrafes que versan efectivamente sobre la naturaleza y el método de la Fundamental y su lugar en el conjunto de las disciplinas teológicas, nos encontramos con una amplia exposición sobre las relaciones entre fe, teología y experiencia (pp. 85 ss.), cuestión que desborda los debates sobre el enfoque de la Teología Fundamental, aunque incida en ellos.

El tercer capítulo, «Una apologética para nuestro tiempo», vuelve al centro de esos debates. El tránsito de la defensa a la fundamentación de la

fe no implica —afirma Sánchez Chamoso— la desaparición de la apologética, ya que la justificación de la fe es tarea imprescriptible de la Teología: la apologética no debe pues desaparecer, sino renovarse (pp. 155-206). Y a esa renovación aspira a contribuir, señalando algunos «problemas candentes» y sugiriendo pistas sobre la forma adecuada de afrontarlos en la actualidad: secularización, teología natural, pre-comprensión y conocimiento reflejo, perennidad y pluralidad de la filosofía, motivos de credibilidad (pp. 207-265).

En su cuarta y última parte, titulada «Una Teología Fundamental en marcha. Prospectiva y retos», el libro nos sitúa ante el término de llegada del paso o tránsito que, según Sánchez Chamoso, caracteriza la historia reciente de este campo de la Teología. También aquí, después de unos epígrafes destinados a tratar temas de carácter general —el problema del método y la aspiración a una Teología Fundamental total o integral, que aúne lo objetivo y subjetivo, lo dogmático y lo apologético (pp. 269-304)—, se abordan temas más particulares: la didáctica de la Fundamental a lo largo de los diversos ciclos del *currículum* teológico, cuestiones cristológicas y eclesiológicas en perspectiva de Teología Fundamental, el problema hermenéutico, el lenguaje teológico y el lenguaje de la fe, la relación entre fe y cultura (pp. 305-338). Unas páginas finales, a modo de apéndice, sobre el «Lugar y papel del teólogo» (pp. 339-345), completan el libro.

Sánchez Chamoso se manifiesta a lo largo de las páginas de esta obra buen conocedor de la bibliografía reciente: uno de los valores del libro es, sin duda, las abundantes notas bibliográficas, bastante completas, por lo general. El autor más citado es Schillebeeckx, y las referencias que a él se hacen no son meramente formales: el pensamiento del teólogo holandés influye decisivamente en bastantes de las afirmaciones de Sánchez Chamoso. Resultaría sin embargo erróneo adscribir esta obra, o su autor, a una escuela concreta, ya que, si bien aspira en todo momento a una modernidad de planteamientos, el método que practica puede ser calificado de sintético o ecléctico; las posiciones no se presentan puras y con toda su virtualidad, sino reducidas a sus elementos más generales y accesibles o bien yuxtapuestas a otras que las contrapesan.

Por lo demás, todo ello, es probablemente, consecuencia de un factor metodológico previo: Sánchez Chamoso retoma, glosa o sintetiza las conclusiones a las que ha llegado parte de la teología contemporánea, pero no procede —salvo en algunos puntos aislados— a un análisis de los principios de donde derivan esas conclusiones. De ahí las virtudes del presente libro, que permite advertir las problemática que hoy se encuentra planteada, pero a la vez sus límites ya que, con frecuencia, quedan en la penumbra los núcleos intelectuales que determinan o condicionan esa problemática con el consiguiente riesgo de presentar como sencillos, o como adquiridos, enfoques o afirmaciones que son en realidad complejos o cuestionables.

Un ejemplo tomado de uno de los capítulos más interesantes, el destinado a hablar de las relaciones entre Teología y experiencia, permitirá detallar lo que acabamos de apuntar. En cierto momento (p. 114), Sánchez Chamoso hace suya la frase de Piet Schoonenberg según la cual «la expresión *Dios habla* no puede comprenderse de otra manera que como experiencia de Dios expresada por el hombre», pero ¿comparte todas las impli-

caciones que de ahí derivan? Ciertamente, como señala poco después (p. 119-120), la revelación no debe ser concebida según un sobrenaturalismo mal entendido que la «redujera a una serie de verdades caídas verticalmente en la situación humana como cuerpos extraños procedentes de un mundo misterioso». Pero ¿autoriza eso a reducirla, en otra dirección, a una experiencia absolutamente mediada, en orden a su comunicación, por la expresión que de ella realiza el hombre?: ¿Hablar así no es volver a caer en las ambigüedades y aporías de la época del modernismo? Sánchez Chamoso evita llegar a esas consecuencias, y en sus páginas abundan afirmaciones que se mueven en otra dirección, pero se echa de menos un repensamiento de la cuestión a partir de los principios últimos, único camino para cortar de raíz inferencias no deseadas.

A nivel de la misma comprensión de la naturaleza de la Teología Fundamental ocurre, en ocasiones, algo parecido, ya que se pasa sin gran solución de continuidad de unos autores a otros, lo que puede producir la impresión de que sus posiciones sean substancialmente equivalentes y no más bien, en algunos momentos, contrapuestas. Esto puede explicarse, respecto de algunos capítulos en los que el presente libro, aunque el autor no lo indique expresamente, recoge escritos compuestos en períodos diversos, y ensamblados posteriormente: es por eso lógico que haya repeticiones o diferencias de acento y de valoración. Ese fenómeno se da, sin embargo, también en textos unitarios, como por ejemplo las páginas 50 a 66 y 67 a 84, donde se parte de la concepción de la Teología Fundamental según Rahner para completar luego la exposición siguiendo a Metz, esbozar poco después un planteamiento que podrían compartir Latourelle, Torrell o Morán y terminar exponiendo un método de correlación con ideas tomadas de Tillich, Rahner y Schillebeeckx. Mucho me temo que una presentación de ese tipo se quede en un *collage*, sin conseguir llegar a ser una síntesis.

Quizás, a fin de cuentas, el punto crucial, en este tema, sea la interpretación del desarrollo reciente de la Teología Fundamental. En pocas palabras, lo que, a nuestro juicio, subyace al movimiento de ideas acontecido en los últimos decenios no es el tránsito de la defensa a la fundamentación, sino, más radicalmente, la tensión entre verdad y sentido y la consiguiente comprensión de la fe como adhesión o como opción, con todas las consecuencias que de ahí derivan. Este es, por tanto, el punto sobre el que debe centrarse la atención, a fin de clarificar el presente y proyectar el futuro de la Fundamental.

JOSÉ LUIS ILLANES

Javier IBÁÑEZ — Fernando MENDOZA, *Introducción a la Teología*, Madrid, Ediciones Palabra, 1982, 198 p., 22 x 13.

La identidad de la teología parece estar, en nuestros días, en una situación de crisis que en parte es debida a la variedad de opiniones —con frecuencia totalmente encontradas— sobre la naturaleza, objeto y método de la